



Carta explicativa 2026

¿Debe España retirarse de competiciones internacionales en las que participen países involucrados en conflictos armados?

El Campeonato de España de Debate Preuniversitario propone para esta edición una pregunta que sitúa a los participantes ante una tensión especialmente compleja: la relación entre la competición internacional, la responsabilidad ética de los Estados y el papel que debe desempeñar España cuando comparte escenario con países implicados en conflictos armados.

La cuestión no se limita a decidir si un equipo debe jugar o no un partido, participar o no en un torneo, acudir o no a un campeonato. El fondo del debate es mucho más amplio: ¿pueden las competiciones internacionales mantenerse al margen en contextos de agresión bélica? ¿Es la participación deportiva, cultural o institucional una forma de normalización política? ¿O, por el contrario, retirarse supone castigar injustamente a deportistas, artistas, estudiantes o ciudadanos que no son responsables directos de las decisiones de sus gobiernos?

Durante décadas, las competiciones internacionales han sido presentadas como espacios de encuentro, cooperación y diálogo entre países. Bajo esta lógica, el deporte, la cultura, la ciencia o los certámenes internacionales pueden funcionar como puentes entre sociedades enfrentadas. La idea olímpica, por ejemplo, ha defendido tradicionalmente que la competición permite reunir a personas de distintos lugares bajo unas mismas reglas, sustituyendo la confrontación violenta por la rivalidad pacífica.

Sin embargo, la realidad internacional muestra que esos espacios no siempre son neutrales. La participación de un país en una competición puede servir para proyectar prestigio, legitimidad o normalidad ante la comunidad internacional. Por eso, en determinados contextos, algunos Estados, federaciones, organizaciones, artistas, académicos o deportistas han defendido boicots, exclusiones o retiradas como forma de protesta política o presión diplomática. Desde esta perspectiva, seguir compitiendo con países involucrados en conflictos armados podría interpretarse como una aceptación tácita de su conducta.

La pregunta obliga, por tanto, a reflexionar sobre el papel de España. No se debate únicamente qué deberían hacer las organizaciones internacionales, sino si España, como Estado democrático, miembro de la Unión Europea y actor de la comunidad internacional, debería retirarse de competiciones donde participen países implicados en guerras o conflictos armados. Esto abre varios planos de análisis: el jurídico, el diplomático, el ético, el deportivo, el económico y el social.

Tenemos ejemplos contradictorios en la renuncia de RTVE a participar en Eurovisión por la participación de Israel mientras que la Selección de fútbol competirá en el próximo Mundial de fútbol en EE UU.

Para preparar el debate, conviene delimitar algunos conceptos.

Por España puede entenderse el conjunto de instituciones públicas que deciden o influyen en la participación internacional del país: Gobierno, administraciones, federaciones, comités olímpicos, selecciones nacionales, instituciones culturales o entidades financiadas públicamente. El equipo a favor deberá precisar si se refiere solo a competiciones oficiales bajo bandera española o también a clubes, deportistas individuales, artistas, universidades u organizaciones privadas.



Carta explicativa 2026

¿Debe España retirarse de competiciones internacionales en las que participen países involucrados en conflictos armados?

Por competiciones internacionales pueden incluirse competiciones deportivas, culturales, académicas, científicas o artísticas en las que los participantes representan de algún modo a sus países. En muchos casos, aunque compitan personas individuales, la bandera, el himno, el uniforme o la financiación pública convierten la participación en un acto con dimensión nacional.

Por países involucrados en conflictos armados debe entenderse una categoría amplia y problemática. Puede referirse a Estados agresores, Estados invadidos, países que promueven o participan directamente en una guerra, gobiernos que apoyan militarmente a una parte, o Estados inmersos en conflictos internos. Esta distinción es clave: no es lo mismo un país que inicia una agresión militar que uno que se defiende; no es lo mismo un gobierno que sus ciudadanos; no es lo mismo una guerra internacional que una guerra civil. De nuevo, será tarea de los equipos definir con claridad lo que defenderán durante el debate y las implicaciones que tendrá.

Ambas posturas deberán enfrentarse a dilemas importantes. ¿Quién decide qué país está suficientemente "involucrado" en un conflicto armado? ¿Debe aplicarse el mismo criterio a todos los países o caso por caso? ¿La retirada ayuda realmente a detener una guerra o solo produce un gesto moral? ¿Puede España exigir coherencia internacional si mantiene relaciones diplomáticas, económicas o comerciales con esos mismos países? ¿Es legítimo usar a deportistas o representantes culturales como instrumentos de presión política? ¿Dónde está el límite entre la neutralidad y la complicidad?

La pregunta no busca una respuesta simple. Al contrario: exige ponderar valores en conflicto. Por un lado, la paz, los derechos humanos y el conjunto del derecho internacional, la solidaridad internacional y la coherencia ética. Por otro, la libertad individual, la neutralidad de ciertos espacios de competición, la diplomacia, la proporcionalidad de las sanciones y la protección de quienes no son responsables directos de las decisiones estatales.

Los equipos deberán construir sus argumentos con rigor, evitando simplificaciones. No bastará con afirmar que "el deporte no debe mezclarse con la política" ni con sostener que "todo acto internacional es político". Ambas frases pueden ser puntos de partida, pero no conclusiones. El debate exigirá pruebas, criterios de aplicación, consecuencias previsibles y una definición clara del modelo que se propone.

La clave estará en responder a una cuestión de fondo: cuando la guerra entra en el escenario internacional, ¿debe España levantarse de la mesa o permanecer en ella para defender sus valores desde dentro? Ese es el debate. Y, como en toda buena pregunta, lo importante no será solo elegir una respuesta, sino demostrar por qué esa respuesta es más justa, más eficaz y más coherente que su alternativa.

Nos vemos en los atriles.